

# LA SEMANA ILUSTRADA



NOVELA CORTA DE LA SEMANA. La hija de Dios, por José Rocamora.

(Léase en las planas 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> de este número.)



# La Semana Ilustrada

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

Año III.

Madrid, sábado 16 de Enero de 1909.

Núm. 90.

NOVELA CORTA DE LA SEMANA

## LA HIJA DE DIOS

FOR

### JOSÉ ROCAMORA

No podía negarse que Facorro era un hombre en toda regla. Había faltado de su villa natal mucho tiempo, y nadie creyó que al volver á ella trajese tan mala sangre que no aguantase ancas del más pintado. Susurrábase por el pueblo que había tenido que ver algo con los civiles, que hubo de andar entre golillas y leguleyos, pero delante de él no se hallaba quien osase decir esta boca es mía, porque ninguno quería habérselas con hombre de tan mala catadura, que nada podía perder y que á todas horas espetaba al más majo que él tenía ya liquidadas todas las cuentas con tierra y cielos y nada le importaba la vida.

Facorro era hombre leído en sentir de sus convecinos, y como andariego por más allá de los aledaños de su villorrio natal, hablaba ante sus conterráneos con la autoridad con que el propio Esquivel hablaría á sus compatriotas de sus excursiones geográficas. Tenía, si no el caudal de ciencia que le atribuyeron los sencillos aldeanos de Reladón, una buena dosis de gramática parda y, sobre todo, como nota distintiva que le prestaba mucha autoridad, la excelente condición de saber leer y escribir. Los reladoneses estaban en este punto en mantillas, y para ellos el que escribía su nombre y leía de corrido un papel impreso era poco menos que lo que hoy solemos llamar con impropiedad notoria un sabio.

Las cualidades de Facorro hubiesen pasado inadvertidas ó no hubiesen germinado por falta de ocasión, de no existir en el poblacho donde se había establecido como vendedor de mosto un recio obstáculo contra el cual se estrellaba su brava voluntad, obligándola á retroceder y á contenerse cuando se sentía locamente impulsada á ciertos desaguisados.

El primero á quien malhumoró la presencia en Reladón de Facorro fué D. Tomás Garellano, dueño casi absoluto de la tierra que se extendía seis leguas á la redonda, riquísimo, como es consiguiente, de rostro seco, barba blanca, que le daba aire patriarcal, entrado ya en los setenta, solterón y casi misógino, según malas lenguas, algo echado hacia abajo por el agobio de la edad, de larga y recta nariz, ancha frente no interrumpida en los confines de los parietales por la más leve reliquia de pelo, labios finos y ojos pequeños y azules que fosforeaban en las hundidas cuencas.

D. Tomás había contribuido más que ningún otro propietario de las comarcas limítrofes á decorar con cifras pomposas la estadística de servicios de la Guardia civil. ¡Ah! Para él no había educador más poderoso que el fresno, y en cuanto caía en su mano un miserable que, rendido á la urgencia de la necesidad, hurtaba leña de su monte, con la entrega del culpado y del cuerpo del delito al comandante del puesto iba su recomendación de que le tundiesen la badana, porque el recuerdo de los dolores, decía él, quedaba impreso más largamente que el de la falta de libertad.

Si él hubiese salido de sus posesiones

inmensas y por arte de birlibirloque se hubiese encontrado algún día con la misión de gobernar un pueblo, todo lo hubiese puesto á derechas con la política contundente.

—Desengáñese usted—solía decirle al médico, que era algo gringo y

había palmo de tierra que no fuese de D. Tomás, y se mostraba satisfecho con que la gente apretase los puños en las labores del campo, aunque la cosa fuese mal, y le respetaran lo que había acotado para sus diversiones cinegéticas. Toda intrusión en el monte de D. Tomás era

les seguían como natural aparejo.

Primero puso sitio á la casa de Facorro la malicia de D. Tomás, estimándola foco de rebeldía, y no dejó de intimidar un tanto al vinatero el acecho de emisarios con tricorno que se convencían á la postre de la sinrazón del que los destacaba.

Causaba enojo al regatón de vinos que un hombre de la riqueza de don Tomás no se aviniese á las súplicas de los míseros aldeanos que atentaban contra su propiedad inmensa, y no dejaba de decir que el día menos pensado surgiría un vengador de los desvalidos que salían de Reladón con la fuerza pública para pudrir en la cárcel por una futeza que no valía dos cuartos.

D. Tomás nada perdía por esto en la estimación de sus convecinos. El era el árbitro de cuanto había en el villorrio. Ni clero, ni justicia, ni sanidad se resistían á su imperio absoluto. Nadie hubiese dicho que á Reladón llegaba una de las ramificaciones de la Administración española, ni que la savia de ésta, nacida en el centro, iba á convertirse en brote en aquellos confines. La aldea era otro mundo al parecer, porque todo se hacía á gusto de D. Tomás, y no se supo nunca que hubieran sido contrariados en nada sus deseos cuando él designaba representantes concejiles, ó alcalde, ó cualesquiera otros servidores del promún. No pesaba sobre el pueblo gabela que antes él no hubiera ponderado en la balanza de su voluntad; ni subía el cupo de consumos más allá de lo que le pareciera justo, ni dejaban las labores para hacer vida cuartelera sino los mozos que al señor de Garellano le venía en gana, como libres de la exención de sordeira ó de mlopía, que era su gran remedio de probada eficacia contra el fatigoso servicio militar.

No sabiendo los aldeanos á qué término hiperbólico acudir para el encarecimiento del poder ilimitado de D. Tomás, y pareciéndole todos los usuales pobres de expresión, pusieronle un sobrenombre que causaba disgusto al cura y arrancaba, al chocar en el cacumen del tío Facorro, chispazos de ironía.

D. Tomás era Dios para los reladoneses, y cuando se le veía asomar por una de las callejas, y la chusma pueril correteaba y alzaba nubes de polvo, la frase que viene Dios! ataba los inquietos músculos de las

criaturas aprestadas siempre á contemplar el aire majestuoso, de majestad caída, del que había merecido esa denominación que tenía ribetes de sacrilegio.

Pero Dios, el dios de Reladón, había perdido su grandeza indulgente por un acto del tío Facorro. Cierta buhonero trashumante hubo de hacer noche acompañado de una niña que debía de ser su hija, según todos los vislumbres, en la casa del vendedor de vinos. Aquella mercancía cargada del vástago no llevaba el marchamo de la Aduana de don Tomás, que no vió con agrado la prolongada presencia de un vividor á salto de mata que de buenas á primeras, por el recelo que todos los desconocidos le infundían, le pareció un truhán peligroso para Reladón. Puso freno á sus impulsos repelentes la inestabilidad del buhonero que, pasados unos días, ausentóse de la casa para seguir su tráfico por los pueblos adláteres, y no volvió al de D. Tomás sino para estar una noche y reiterar sus andadas mercantiles.

Repetíanse las ausencias cada vez por más tiempo á medida que los negocios de la venta ambulante y la confianza en el bienestar de la niña le negaban estímulo para precipitar el retorno.

D. Tomás vió en el buhonero la obra de solapada hostilidad del tío Facorro. Tampoco aquél le había rendido parias; tampoco había querido ser otro nudo en la red de galardones del señor de Garellano.

Corto de palabras, de mirada dura y bello saliente y contraído con un gesto de zumba molesto para los suspicaces, no cambió jamás el buhonero saludo alguno con «Dios», cuya achacosa vejez desbordaba el ánimo en raptos de cólera por el más liviano motivo.

Gulja en zapato de pie femenino eran Facorro y su huésped para don Tomás, y si no los expulsó á entrambos del pueblo debióse, más que al miedo de una agresión, al temor del escándalo que produciría el desacato público, capaz de sublevar la resignada mansedumbre de los más despiertos.

El carácter del señor de Garellano cobraba, en las postrimerías de su existencia, acritud intermitente, que excitaban mínimas contrariedades. Que el surco de una almenara no recibiera dos golpes de azadón por él dispuestos; que el cura comenzase



ponía un adarme de metafísica en las cosas más triviales de la existencia—, el temor de Dios y el temor del palo han metido en caja á la humanidad. Sin ellos iríamos con taparrabos y ni habría virtudes ni deslindes sociales. Todos seríamos unos, y el que más pudiese se llevaría lo mejor que echase al mundo la hembra humana ó la madre tierra.

El médico distaba mucho de asentir á las ideas primitivas de D. Tomás, que contaba con el refuerzo poderoso de la dialéctica del cura de la aldea, á quien offendía, sin embargo, la extrema servidumbre que los vecinos de Reladón tributaban al señor de Garellano.

Porque has de saber, lector, que en la villa donde ocurrieron los acaecimientos que tejen la trama de esta historia se veneraba á D. Tomás, que era con los humildes y laboriosos liberal y clemente, y hasta perdonaba en ocasiones á sus arrendatarios y aparceros la renta, si el tiempo se había torcido y el terruño no galardonaba los trabajos.

Fuera de las casas de Reladón no

castigada con recias multas y algún lapo que otro administrados por la mano pródiga de los guardianes, y si además el intruso era sorprendido con leña ó con caza menor encima no había súplicas que le valieran, daba con su cuerpo en el Juzgado municipal y de allí pasaba á la cabeza de partido y ya tenía función para rato en la cárcel.

El señor de Garellano había hecho de ese modo un espurgo en el pequeño poblado, cuyos moradores sabían que el camino más cómodo para satisfacer sus necesidades sin riesgo de quebrantos era pedirle lo que hubiesen menester. D. Tomás había extendido por la villa como una red de mercedes que acentuaba la servidumbre de sus habitantes por la cava que la gratitud abría en la libertad de todos.

Solamente el tío Facorro, con sus ventas de vino á los transeúntes que de pasada hacían estación en su cubil para mojar el gaznate, había logrado sustraerse con salvaje independencia á los favores del señor de Garellano y á las obligaciones que





la misa dominical antes de que él pusiera la planta en el presbiterio; que se echase un pregón sin que fuera el primer confidente de la voluntad concejil, y ya desataba su lengua en votos y juramentos que hacían abatir las humildes frentes á sus circunstantes. La borrasca pasaba pronto; cuando se convencía de que el olvido ó la necesidad y no el desdén motivaban la supuesta desatención. El estaba acostumbrado á mandar, y no concebía que nadie lo hiciera sin recibir de su poder indiscutido una delegación expresa ó tácita. Su cayado alzabase ahora con más frecuencia que nunca sobre los criados de sus labranzas; pero pasado el primer ímpetu volvía á su calma patriarcal, y era lo que siempre fué, un bienhechor de los débiles sumisos, gozoso de la alegría de los demás, á condición de contemplarlos desde su cumbre.

La vida de Garellano podía dar poco de sí. Aún se le veía con toda su senil enervación recorrer por el monte un par de leguas y probar su certera puntería en piezas numerosas que eran sabrosísima oblación de su servidumbre.

Su condición hurafía reputóse síntoma de dolencia que iba minando su fuerte organismo no derribado jamás por mal ninguno en el lecho. «Dios» —se murmuraba— no quiere confesar que es del mismo limo que los demás mortales, y se dejará morir antes de que sean con él médico y pócimas.

Sus ojos mostraban esa vidriosidad mate, delatora de los muchos años. Serpeaban en la blanquísima piel de sus manos inmaculadas salientes venas en que parecía que la sangre aterida había parado su curso. Los músculos empezaban á ser desobedientes á la voluntad del señor.

El frágil vaso del alma se cuarteaba, y la energía corporal trocábase en los coléricos arrechuchos, que efundían en gritos el vigor de su ánimo. Un crepúsculo vespertino paseaba D. Tomás, la escopeta al hombro, por los matorrales de su monte. Acompañábale, como siempre, uno de sus guardas. Hallábase en un momento de crisis, de aquella crisis que llenaba de melancolías su espíritu al ver el rápido declinar de una vida hilada en la rueca de oro del placer.

Por las lejanías se divisó la silueta del buhonero que, libre de la carga de los regatones, avanzaba con un haz de leña como recatándose á



humanos ojos. D. Tomás sintió, al verle, rabia inefable; alzó la escopeta, disparó y el huésped de Facorro desplomóse acribillado por las postas.

—¿Quéhice?—dijo Garellano arrojando el arma.

Corrieron él y su acompañante al punto en que yacía el cuerpo del pobre menestral, y apenas pudieron percibir los últimos estertores de la agonía. El buhonero había caído de

bruces, extendidos los brazos, como si quisiese abrazar la tierra ensangrentada.

Señor y criado quedaron inmóviles unos segundos, llenos de estupor. Rompió D. Tomás el silencio.

—Esto no lo ha visto nadie, ni tú mismo. No des crédito á tus ojos. Hagamos á la tierra cómplice de la desgracia. ¡Ay de tí si la descubres! Venga un pico y un azadón y enterraremos á los muertos como Dios ha mandado.

Un instante después el guarda, más pálido que el buhonero, hendía la costra del monte, que pareció á D. Tomás, por su resistencia á romperse, de granítica dureza. La operación duraba segundos que á Garellano le parecían horas. Impaciente por concluir, cogió el azadón con sus manos vírgenes y empezó á separar la tierra hendida. Por vez primera regó «Dios», con el sudor de su frente, el seno montañés de sus dominios. Sintió terror ante el muerto; pensó en Facorro, que acaso anduviese á la husma por las cercanías, y no descansó hasta que abrieron largo surco hacia donde arrastraron el cuerpo inerte, que cayó boca arriba, abiertos los ojos, con la mirada de reto, contraído, con mueca de desdén, el bello zumbón.

Al echar los últimos azadonazos de tierra, el sol poniente iluminaba con cárdenos matices las remotas eminencias del monte, comunicando á la campiña el tinte melancólico de un día otoñal que se pierde en la nada.

Garellano se sentó en el suelo para resollar como can de jauría después de larga carrera. El guarda siguió en pie, fijos en tierra los ojos. Entonces vibró en los aires el toque del *Angelus*. Descubrió don Tomás la cabeza y se izó de rodillas frente á la fosa del buhonero. Sus labios murmuraron una oración. La mano diestra, herida por el tosco manejo de la herramienta, oprimió con el dorso suavemente aquellos párpados que jamás habían humedecido dolores ni ternuras.

Avanzaba la sombra, y el tintineo de las esquilas sacó al guarda y á Garellano del monte. Cuando entraron en Reladón, el viejo estrechó la diestra mano del guarda, y posando la otra sobre el hombro izquierdo, con ademán de camarada que se entrega á la fe del amigo, exclamó con voz insegura:

—¡Ya sabes! ¡Nada ha pasado! ¡Nada han visto tus ojos!

\*

La ausencia del buhonero no extrañó á su hija ni á Facorro por la irregularidad con que retornaba á Reladón. Ni siquiera asoció á ella el último, en los primeros días, una serie de hechos que habían de recordarse después como episodios de cierto cariño inexplicable en el carácter agreste de D. Tomás. Los ultrajes del tiempo y la impresión tremenda del trágico accidente ameniguaron el decaído vigor de Garellano, que hundió la cabeza en el pecho y perdió para siempre su habitual placidez. Viósele pasar más á menudo que antes frente á la casa del tío Facorro y acercarse á la gentil muchachuela del buhonero, que entraba

en el florecer de la pubertad y acariciar su bonita cabeza. El patrón á quien Garellano saludaba con forzado gesto de beneplácito, sintió alguna simpatía hacia el hosco delator de los miserables, al ver el ligero albor de ternura senil que le congratibaba con la hija del buhonero. El breve coloquio entre ésta y el viejo repitióse varios días, y D. Tomás se enteró de las ramas de su parentela, del discurso de su vida infantil y del trato de Facorro, á quien recomendó generosa asistencia en su beneficio mientras su padre siguiera ausente.

D. Tomás se sintió un día morir. ¿Qué sería de Reladón cuando él desapareciera? Sus colaterales, ricos también, no le prodigaban la interesada servidumbre de los presuntos herederos.

Cuando se supo que D. Tomás había pedido al cura los últimos auxilios para el alma, poblóse de gente la parva sacristía de la iglesia. Todo Reladón acudió al cortejo del sacerdote. Su estancia en la morada de Garellano fué larga y penosa.

D. Tomás descubrió su conciencia al confesor, recibió con muestras de gran arrepentimiento por todas sus culpas el cuerpo de Cristo y lloró temeroso de la excelsa justicia. Al descender el cura á la calle, D. Tomás quedaba sumido en un sopor de que había de sacarle la muerte.

—¿Muere «Dios»? ¿Muere «Dios»? —preguntó la multitud agolpada en el pórtico del caserón solariego á la comitiva.

El cura no pudo reprimir su enojo, interrumpió su rezo, y mirando á los preguntones, replicó:

—Dios no muere nunca. Lo que muere es la escoria humana, el pecador que le pide clemencia.

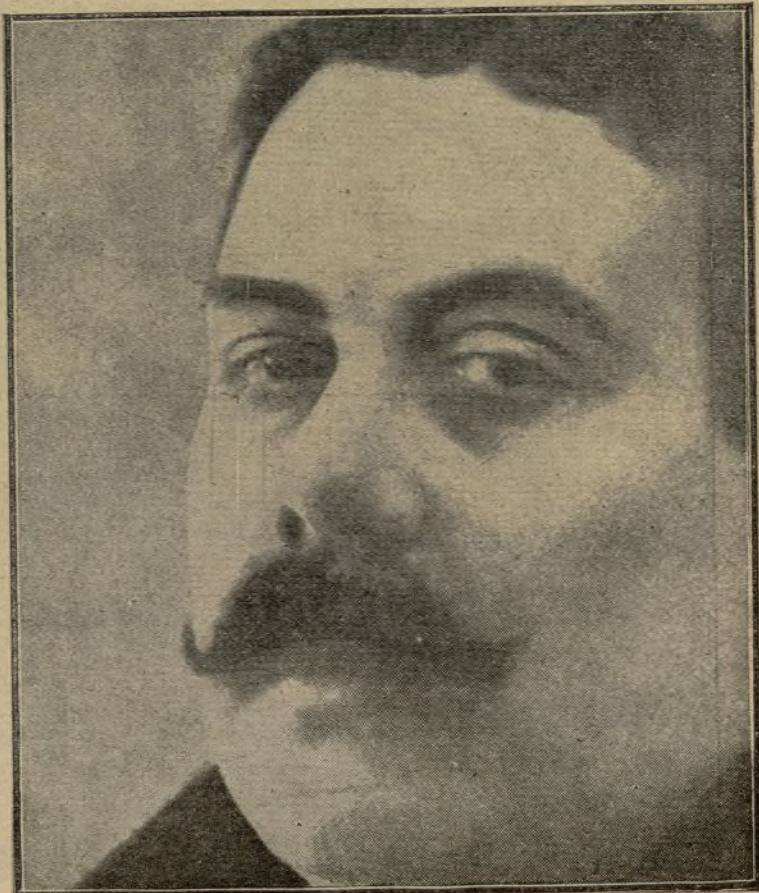
D. Tomás no había muerto intestado. De su puño y letra hallaron escrita su voluntad con trazos enormes. Declaraba heredera de la mitad de sus bienes á la hija de buhonero, y de la mayor parte del resto á los Garellanos que sobrevivían.

El tío Facorro resultó legatario en premio de sus atenciones á la mozueta de una suma cuantiosa.

Cundió la admiración al conocerse las disposiciones testamentarias, porque nadie se explicaba la liberalidad favorecedora de la hija del buhonero.

El menos admirado fué Facorro, que empezó á explicarse la ausencia de su huésped.

—¡Ah, mentecatos!—decía á su clientela y á los curiosos que comentaban en el despacho de vinos tan inesperada merced—. No véis más allá de vuestras narices. El buhonero nada tenía que hacer por estas tierras después de haber dejado aquí á la muchacha... ¿sta éno lo comprendéis, menguados? esta es la hija de «Dios»...



JOSÉ ROCAMORA



# EN LAS RUINAS DE MESSINA



SIN HOGAR Y SIN PAN

Fotografía CORRADI.

Ayuntamiento de Madrid



# Cómo y porqué se producen los temblores de tierra y el modo de resistirlos

Los terremotos obedecen á tres causas distintas: al volcanismo, á los hundimientos subterráneos y á las vibraciones que afectan á la corteza terrestre.

Hasta una época reciente atribuíanse todas las sacudidas á las manifestaciones volcánicas. Bajo la influencia de la explosión con que suele anunciarse la lava de los volcanes, los territorios vecinos tiemblan con frecuencia. Mas se ha observado que no todas las erupciones

reñen que interiormente atraviesan.

Pero la causa principal de los temblores reside en los movimientos que afectan á la corteza de la tierra.

El terremoto que devastó el Japón en 1891, produjo una desnivelación de seis metros en una zona de 112 kilómetros.

¿A qué pueden obedecer estos cambios que engendran las sacudidas?

Según todas las probabilidades, á la disminución del calor

Andalucía y algo de Portugal.

La otra zona comprende las dos orillas del Pacífico; es decir, el Oeste de las Américas, y por el lado opuesto el Japón, Filipinas y Nueva Guinea.

Todas las demás regiones del globo son relativamente tranquilas. Así, Europa, por el Norte de los Alpes y del Mar Negro, no ha dado á la estadística de los temblores de tierra más que una pequeña proporción.

Salvo la zona de los Pirineos y de los Alpes marítimos, Francia apenas ha padecido temblores de tierra, sufriendo sólo algunas sacudidas muy poco intensas.

¿En qué puede fundarse la inestabilidad de ambas zonas sometidas á los sacudimientos sísmicos? No hay otra suposición en que basarla: en lo muy disgregables de los terrenos en donde tienen su asiento esas cadenas de montañas relativamente jóvenes en la cronología geológica.

Aplicando estos principios generales á Calabria y Sicilia, al punto echamos de ver la no vetustez de los Apeninos y los Alpes. Ocupando el sitio del Mar Tirreno, existía, antes del nacimiento de los Alpes, una masa continental muy antigua, de que Cerdeña, Córcega y la isla de Elba, son los últimos vestigios.

Al reconstruirse Messina, debería preocupar la seguridad de sus futuros edificios, atendiendo menos á la estética que al modo de librar la nueva ciudad de otra muy posible catástrofe semejante á la que hoy lloran los italianos.

Hay medios, en efecto, de edificar, previendo siempre el azote de los temblores de tierra. Para ello es preciso dar á las casas particulares condiciones de resistencia.

En Lisboa, Manila y aún más recientemente en Italia, se dictaron reglas que era preciso tener en cuenta para la reconstrucción de las ciudades que abatiera el movimiento del suelo.

Esas leyes á que aludimos, á menudo poco observadas, reposaban sobre científicos principios no del todo concretos. Sólo en los diez años últimos fué cuando la sismología adquirió la importancia que le corresponde.

Para determinar las condiciones de resistencia que una construcción ofrezca al terremoto, era indispensable conocer las formas y las fases diversas de los movimientos sísmicos. Tanto se consigue con los aparatos cada día más perfeccionados y que registran con toda exactitud las más ligeras sacudidas. Muchos cataclismos han sido analizados y contrastados por los modernos sismógrafos.

Los terrenos sueltos y poco coherentes son más peligrosos que los compactos. En resumen: que no se debe construir más que sobre muy sólidas superficies.

No puede afirmarse de un modo absoluto que sea mejor edificar en las alturas que en el llano. Todo depende de las circunstancias de orientación y de otras particularidades topográficas ó geológicas que forman un conjunto en extremo complejo.

La proximidad de las construcciones á las orillas del mar y aun á las de un río, tiene un peligro especial que nace de la invasión de las aguas en el momento de la catástrofe, como hubo que lamentar en el desastre de Messina.

En lo que se refiere á la estructura de los edificios, hay dos sistemas opuestos: el que preconiza la bondad de las construcciones ligeras como menos propicias á sufrir los estragos de las sacudidas, y el que, por el contrario, disputa la sal-

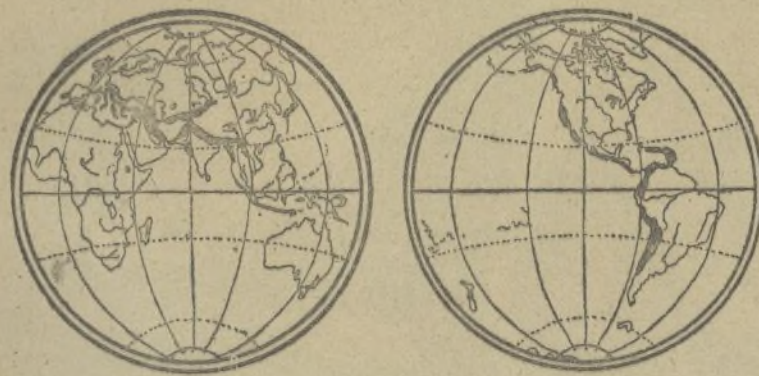
vación en que las moles sean muy compactas y sólidas.

En el Japón, donde tantos movimientos sísmicos se suceden, existen dos tipos de construcciones en madera, de los que publicamos fotografías. Se busca en ambos la cohesión, á fin de oponer el mayor grado de

rece peligrosa. Se recomienda algo que oponga más resistencia á la disgregación.

Practicase también el costoso pero inmejorable sistema de reforzar los muros con unas fuertes bandas metálicas á modo de cinturones interiores.

El ingeniero francés Lescasse



Las zonas sísmicas del globo, según la división del sabio Montessus de Ballore.

originaban temblores, afectando á veces sólo una pequeña zona.

La repetida observancia de estos fenómenos llevó á que pudiera afirmarse lo independiente del volcanismo y de las sacudidas sísmicas. Tal aserto elevó á dogma geológico.

Fuera del radio de acción de las erupciones volcánicas producen terremotos, pero son fenómenos locales, puramente episódicos.

Los hundimientos subterráneos son asimismo agentes secundarios en la producción de las sacudidas terrestres. Esos fenómenos son consecuencia de la acción de las aguas en los te-

interno del globo, lo que determina una contracción de su envoltura.

¿Es que la tierra entera se encuentra expuesta al cataclismo de los terremotos?

A este respecto, el eminente sismólogo francés, conde de Montessus de Ballore, ha dicho que después de haber estudiado nada menos que 171.434 temblores de tierra, puede asegurar que las sacudidas se producen únicamente á lo largo de dos estrechas zonas perfectamente limitadas. Parte la primera de las islas de la Sonda y comprende el Himalaya, el Asia Menor, las riberas del Adriático, Italia, los Alpes, los Pirineos, Algeria,

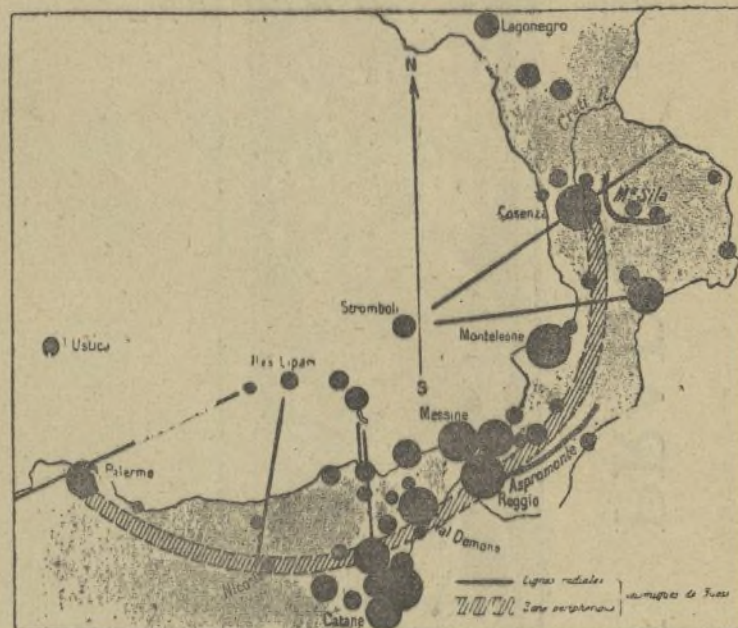


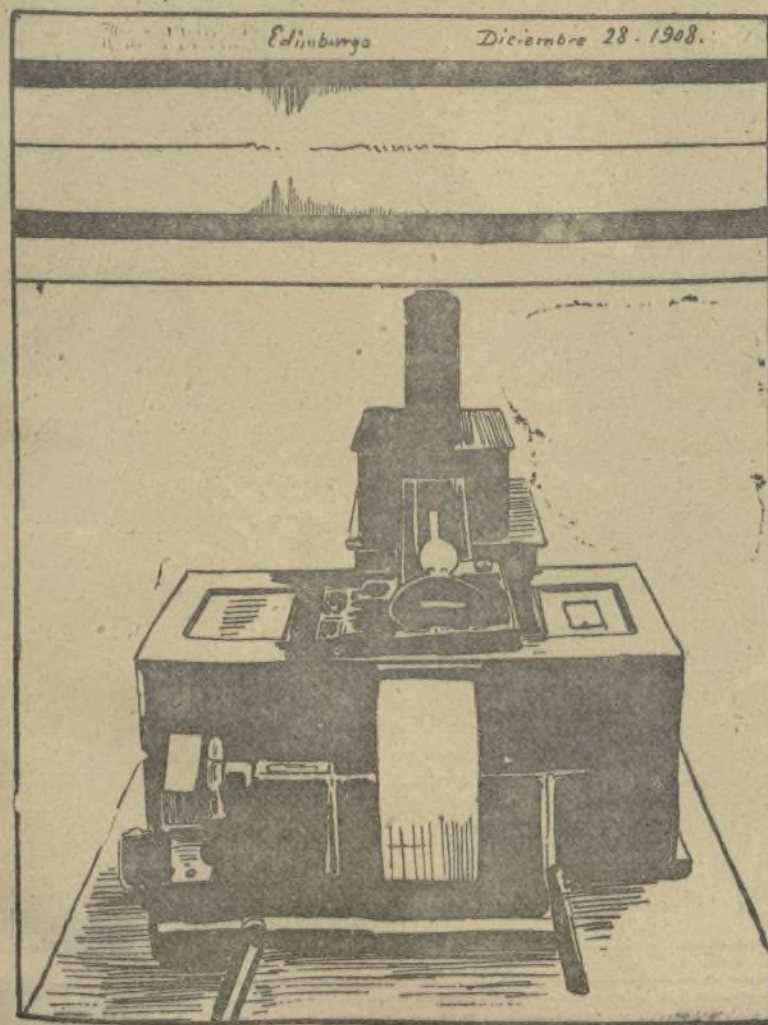
Gráfico representativo del continuo peligro que amenaza á Calabria y Sicilia, y en donde los puntos negros señalan los centros sísmicos, siendo sus dimensiones proporcionales á la frecuencia de las sacudidas.

resistencia á que los materiales se disgreguen, con ayuda de la elasticidad natural que la madera posee.

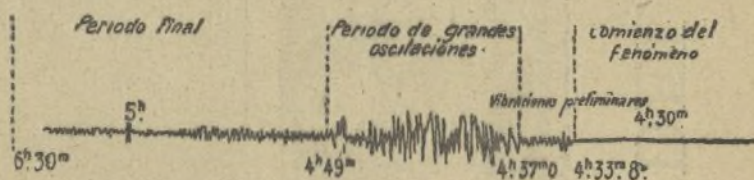
En las otras clases de construcciones, cálculos sapientísimos de Omori han demostrado que debe darse á los muros un perfil parabólico, y más que esto ahondar mucho en los cimientos, pues se sabe que las sacudidas son más violentas á

estima que el ideal de la perfección en las construcciones de un país sujeto á frecuentes sacudidas sísmicas, estriba en que los materiales estén tan fuertemente unidos que pueda considerarse el inmueble en conjunto como si fuera un monolito.

Es necesario hacer construcciones rígidas, más pesadas en su base. No se entienda por es-



Sismógrafo Milne, instalado en el Real Observatorio de Edimburgo. Arriba, un trozo del registro, que señala el reciente cataclismo de Italia.



Sorprendente gráfico recogido el 28 de Diciembre por los sismógrafos de París á la misma hora en que el terremoto asolaba Sicilia y Calabria. Merced á este documento pudo calcularse la distancia exacta que separaba el Observatorio de la región devastada.

flor de tierra que á los seis ú ocho metros de profundidad.

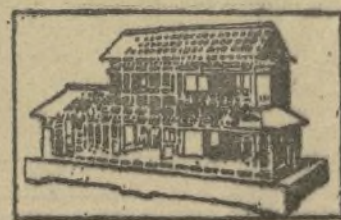
Pownal pretende que los monumentos romanos deben su conservación y el haber resistido innumerables terremotos á la excelencia de su base de sustentación, fabricada en la roca viva.

En lo que concierne á los materiales empleados en las edificaciones, la piedra de talla pa-

to que hay que renunciar á la elasticidad, indispensable en los casos de temblores rápidos.

La ciencia no descansa, y acaso llegue un día en que pueda asegurarse una vida tranquila á los pueblos que hoy, con periodicidad fatal, renacen de sus ruinas.

Enrique SÁ DEL REY.



Construcción japonesa hecha especialmente para resistir los temblores de tierra.



Observatorio japonés, de tech. libre y muros parabólicos





LA CORONACIÓN DE LA VIRGEN. -Cuadro de D. Diego Velázquez de Silva.



# Las aventuras extraordinarias de un mago.

(Véase el número anterior.)

Estos celos eran tan exagerados, que la pobre muchacha no podía ni mostrarse bien educada con un joven sin que Karl la acusara de coquetear. Igualmente sucedía con sus compañeros; en el momento en que alguno tenía con ella la más inocente atención, Karl creía que intentaban robarle su bien amado. Para colmo de males, el padre de la novia de mi amigo tenía una cervecería muy frecuentada por estudiantes que se sucedían sin interrupción. Yo mismo, á pesar de todos los esfuerzos que había hecho, no había escapado de las sospechas del celoso. Así, Karl tenía tanto empeño en hacer el cambio. Quería confirmar sus sospechas ó quedar tranquilo; no quería dudar de su prometeda.

Un hermoso día de verano efectuamos el cambio de nuestros cuerpos.

Después de hecha la operación dije á mi amigo:

—¿Qué tal? ¿Cómo se encuentra usted, Karl?

—Yo no me llamo Karl. Es usted quien es Karl.

Naturalmente; me había olvidado de que el nombre debía de seguir al cuerpo. Bajé la vista y me encontré con los de-comunales pies alemanes de Karl y sus gigantescas manos. Comenzaba á encontrarme en posesión de mí mismo; es decir, de mi nuevo yo interior. Hablé otra vez, y me hallé con un acento gutural alemán muy pronunciado. Entonces me levanté y me miré al espejo. Era,



en efecto, Karl. Aquello iba de veras. En seguida me vi marchando hacia la puerta, diciendo: Buenas tardes, amigo, buenas tardes.

Tuve curiosidad luego de saber si el cambio físico había traído consigo el mental correspondiente.

Karl era un músico consumado. Me senté al piano, lo pulsé atrevidamente, pero no resultó más que una cencerreda. Quise después fumar una pipa; pero como Karl tenía mis vestidos, tuve que fumar en la suya, una pipa enorme alemana guarnecida de porcelana, y la cargué con el tabaco que él usaba, muy fuerte y con una peste intolerable, que á mí me disgustaba profundamente. Fumé, y después de haber aspirado dos ó tres bocanadas de tabaco, encontré admirado que me agradaba en aquella ocasión. Mis gustos se habían convertido en alemanes con mi cuerpo.

Salí y fui á un restaurant para almorzar. El camarero,

viendo entrar á un alemán típico, me puso inmediatamente delante la lista del día, de los platos alemanes. Yo había destestado siempre esta cocina, y entonces me veía saboreando con deleite los platos más propios de ella. Comí mucho, bebí enormes bocks de cerveza, y abrí una brecha considerable en un queso de Limbourg. ¡Me encontraba á las mil maravillas!

Acabó el almuerzo, y buscando en mis bolsillos, los bolsillos de Karl, una cerilla, me encontré el retrato de su novia.

—Me quedé mirándolo, y comencé á sentir por ella una pasión naciente.

Al cabo de algunos instantes estaba locamente enamorado de ella.

No me cuidé más de Karl.

Sabía solamente que amaba á aquella joven, y vagamente tenía conciencia de que ella me amaba también.

El ruido del reloj, que dió una hora, me hizo volver en mí. Karl, según habíamos convenido, llegaría pasados 16 minutos.

Poseía en aquel momento dos identidades distintas, sin contar mi propio cuerpo, que lo andaba zarandeando mi amigo qué sé yo por dónde.

Mi yo, el mío propio, no el de Karl, que era el que me inspiraba aquella pasión desordenada, me decía que abandonarme á aquel amor sería una traición hecha á mi amigo, á mi hermano, y que el solo pensamiento era ya una falta que no encontraría disculpa nunca á los ojos de Karl. Me sofocaba y salí al aire libre.

Dos calles conducían á la casa de la novia de Karl y yo sabía por cuál de ellas iba y venía siempre mi amigo; yo eché por la otra.

Me preguntaba á mí mismo qué era lo que iba á hacer mientras que una fuerza irresistible me transportaba á la cervecería. De sobra sabía que la novia de Karl me recibiría como al otro Karl, sin desconfianza y sin asomo de duda. Estas ideas me llenaban de alegría el ánimo, no sé qué ánimo, si el mío ó el otro.

Mi yo me decía. Eres un galopín abominable. La traición no puede llevarse más lejos. ¡Judás! me gritaba la conciencia. Me detuve como si la vista del espíritu se hubiera dado cuenta del abismo en que me iba á precipitar. Volví atrás. Karl me estaría esperando, ó mejor dicho, estaría esperando su cuerpo, porque el plazo había ya terminado. Si tardaba yo sería un ladrón; pero la influencia física de su cuerpo enloquecía mi espíritu. Entonces volví sobre mis pasos y marché hacia adelante, hacia la cervecería. Mi única disculpa es que por entonces tenía yo dieciocho años y no había sido aún discípulo del gran mago, de Sir Edward.

Cuando entré en la cervecería Lisa vino corriendo hacia mí y me dijo con aire sorprendido: ¡Ya de vuelta, Karl! En seguida entramos en una habitación interior donde siempre solían hablar los enamorados, y durante una hora larga la estuve enamorando como el propio Karl hubiera hecho.

Entonces ¡horror de los horrores! escuché mi propia voz preguntando si Karl estaba allí. Miré oculto á la sala pública y vi á mi amigo, con mi cuerpo, que parecía sumamente agitado y conocí que deseaba recobrar su propia personalidad.

Ordené á Lisa que saliera, díjela á mi amigo que no me había visto y que se fuera á nuestra casa. En el tiempo que me quedé solo mi yo tomó posesión de sí mismo. Cuando volvió ella le dije: Es preciso que me pro-

metas una cosa en seguida. Me lo prometió, y sabiendo que Karl vendría a verla por la noche, añadí: Volveré esta noche; pero por razones especiales es necesario que no hagamos alusión ni hoy ni nunca jamás á esta visita. Lisa lo juró y yo partí seguro de que el secreto sería bien guardado.



Fui á mi casa lentamente y me encontré á Karl presa de una ansiedad grandísima causada por mi tardanza. Efectuamos inmediatamente el nuevo cambio de cuerpos, que yo encontré con alguna sorpresa más rápido que un sencillo cambio de trajes. Mi propio cuerpo me parecía algo extraño durante algún tiempo. Me parecía que no me sentaba bien.

Le pregunté á Karl cómo me había recibido Lisa, «cuando él me vestía», me contestó que le había hecho sentar cerca de ella y que le había reprendido por la traición que le hacía á él y que no había querido seguir escuchando más tiempo.

Por la noche fué Karl á ver á su novia; pero no hablaron de la visita del medio día. Ni Karl ni yo repetimos la experiencia: una sola vez nos había bastado á los dos. Por mi parte, durante algún tiempo seguí haciendo estudios sobre el fenómeno del doble. A menudo, al ir de paseo con algunos amigos, de pronto, en lo más interesante de la conversación, desaparecía por un solo esfuerzo de la voluntad. El chasco de mis acompañantes era inmenso.

## El doble en el trapecio.

Por esta época conocí á Price, el empresario de compañías de circo más importante del continente. Estaba entonces en Madrid. Supliquéme que le diera algunas pruebas de mi poder de doblamiento, y después de darle una sesión particular, me propuse repetirlas en público. Su proyecto era que subiera á un trapecio, y después de adquirir vuelo, cuando diera el salto para cogerme al que tendría enfrente, debía desaparecer en el espacio. ¡Era capaz de hacer esto! Naturalmente sí. La única dificultad era que, como yo ignoraba toda esta clase de volatines, mi doble, lógicamente, tampoco estaba más adelantado que yo.

Price me dió toda clase de seguridades para poder hacer los titeres aquellos y me prometió 6.000 francos por seis sesiones. Acepté, pero en el momento de salir para Madrid caí enfermo con una fiebre cerebral.

## El mal de ojo.

Durante la guerra de la independencia italiana de 1860, en la cual tomé parte, visité un pueblo situado La Cava, situa-

do á algunas millas de Salerna. Un día, cuando estaba almorzando en una posada, vi pasar una multitud de gente enfurecida que perseguía á una vieja que huía para salvarse. Solí corriendo y les oí decir: «Malocchio mort!» En el momento que yo llegaba cerca de ella, la vieja se pisó el vestido y cayó en tierra. Entonces me volví de cara á los que la seguían, y sacando el revólver detuve á la turba en el acto.

Atemorizados aquellos ganapanes, no se decidieron á avanzar; permecieron en sus puestos murmurando, mientras que la vieja les miraba sentada en medio del camino.

Por fin, uno de ellos, creyendo que yo no lo veía, arrojó una piedra con todas sus fuerzas á la mujer. Me volví rápidamente para ver si la había tocado; pero no. La vieja, que parecía una furia, había dado un bote, y con el índice extendido hacia su agresor, señalaba su rostro. Sus ojos parecían que echaban lumbre.

Un grito de horror y de rabia partió de la multitud, porque en el mismo momento el hombre aquel caía como herido por un rayo. La multitud echó á correr por el camino de La Cava dando alaridos y dejaron abandonado á su compañero en el camino. Fui á verle; no estaba muerto como yo había creído, pero estaba sin movimiento, atacado de una hemiplegia del lado derecho. Levé al pobre hombre á la linde del camino para salvarle del paso de los carros y de los coches y me volví al lado de la vieja.

—Ha castigado usted bien á ese desventurado—la dije.

Ah, señor—me contestó ella—le hubiera matado si hubiera querido.

Deseoso de conocer á la vieja, la propuse acompañarla, y ella, subyugada por el agradecimiento, aceptó. Llegamos en seguida á su cueva, situada en un flanco de la montaña donde habitaba. Me senté cerca de ella y me contó que vivía diciendo la buenaventura á las campesinas y vendiendo encantos y filtros para hacerse



amar. Supuse que en ellos mezclaría un poco de veneno, y que cuando algún marido celoso llegaba á ser molesto, Matta suministraría los medios para deshacerse de él. Examiné sus potingues y pusí á prueba sus dotes proféticas. Los primeros eran inofensivos; las segundas no existían. Pero en cambio conocía perfectamente los venenos, y que hacía mal de ojo era indudable.

Al fin, resuelto á atemorizar á la vieja, la pedí me enseñase el ungüento verde; se puso á temblar, y juntando las manos,

me decía:—¡No, señor, no!—insistí y acabé por entregármelo guardado en un botecito de vidrio tan pequeño como una nuez. Le pregunté si lo componía ella misma ó donde se proveía de él. Cuando me confesó que era ella quien lo hacía, yo me puse á contarle la manera de confeccionarlo y á enumerarle todas las partes que entraban en su composición. Yo había aprendido esto en los libros de magia negra que había estudiado con lord Litton, porque los herméticos deben conocer todos los secretos del arte prohibido para combatir, si es preciso, las diabólicas maquinaciones de sus profesores.

Cuando se convenció de que sabía yo muchísimo más que ella, llegó al paroxismo del terror. Entonces me guardé el



frasco en un bolsillo y me marché.

Excusado es decir que las experiencias que hice después con este ungüento, no han sido nunca en seres humanos. Lo que puedo afirmar es que la más insignificante parte de él, colocada sobre el quinto par de nervios (encima de los ojos), puede matar á voluntad, de una sola mirada, perros, gatos y otros animales, tan súbitamente como por una descarga eléctrica.

## En la India.

Cuando yo estaba en la India un día unos fakires metieron una niña de unos cuatro años en un cesto, en donde apenas cogía arrodillada; uno de ellos se sentó sobre él y apretó hasta aplastarlo. Entonces otro comenzó sus invocaciones, y sacando su *tulwar* tan afilado como una navaja de afeitar, le emprendió á pinchazos con el cesto. Los gritos de la niña ponían los pelos de punta. La sangre cubría la hoja de acero, y el hombre que estaba sentado encima del cesto parecía apesadumbrado por no atender á los ayes de la niña. Poco á poco los lamentos cesaron y reinó un silencio de muerte.

El fakir limpió su sable, lo envainó tranquilamente y levantó el cesto: no había nadie debajo.

En el mismo instante vimos venir hacia nosotros la niña ileña, sin un arañazo.

Muchos oficiales ingleses presenciaron este hecho y puerdentesiguarlo bajo la fe de su palabra.

TAUDRIADELTA.

(Continuará.)





ELENA DE ITALIA.



LOS HIJOS DE LA PIADOSA REINA



JOLANDA, GIOVANNA, MAFALDA Y HUMBERTO

La noche que se supo en Roma la magnitud de la catástrofe sísmica de Calabria y Sicilia, los Reyes de Italia no pudieron dormir, permanecieron sin acostarse en espera de noticias de Reggio y Messina. Estas llegaban abrumadoras, y cada nuevo telegrama iba confirmando lo horrible del cataclismo.

Antes de apuntar el día, los Soberanos, impacientes, salieron a recorrer la ciudad.

A las tres de la madrugada el eminente cirujano Postempsky, coronel de la Cruz Roja, estaba acostándose, cuando recibió noticia de que los Reyes le esperaban en la calle. Bajó precipitadamente y vio que, en efecto, Víctor Manuel y la Reina le aguardaban en un automóvil.

Despertando a cuantos creían necesarios, personalmente, organizaron los socorros, con que pocas horas después salían para Messina.

Apenas llegó a las ciudades siniestradas, la Reina Elena se hizo acreedora a la gratitud eterna de Italia y a la admiración del mundo.

En el acorazado *Reina Margarita*, convertido en hospital, en las calles de Messina, donde quiera que había socorros que prestar y dolores a que acudir, allí estuvo ella, día y noche, en continuo esfuerzo, prodigando sin medida el consuelo de su regia ternura.

Por su propia mano curó a los heridos y asistió a los enfermos, tomando en sus brazos a los niños huérfanos.

Con toda entereza, aunque a veces sin que pudiese contener el llanto, Elena de Montenegro ayudaba a los soldados en la faena tétrica de buscar víctimas entre los escombros, y en más de una ocasión el lodo, la lluvia y aun la misma sangre de los heridos llegaron a manchar las manos y el traje de la que, compartiendo su trabajo

con las humildes religiosas, era tres veces soberana: de la hermosura, del trono y de la caridad sublime.

Son innumerables las escenas patéticas en que se ha evidenciado hasta qué punto de abnegación llegó la conducta de la heroica dama lesionada por la precipitación con que los heridos abandonaron un hospital, y hoy en forma de pena.

La Reina de Italia, hija del príncipe Nicolás de Montenegro, pasó su juventud en el modesto palacio de Cetinje, enamorada siempre de la vida activa y recorriendo las agrestes montañas, donde supo probar su habilidad como amazona y la destreza de un guardabosque en el manejo del rifle. No es sólo con ocasión de los sucesos últimos cuando la hermosa Soberana de Italia ha sabido probar el temple de su alma.

preconiza, como ordena también la hidroterapia y un método especial de respirar que facilita la elasticidad de los músculos.

Los japoneses, por excelencia cultivadores de arroz, encuentran en este alimento nacional una nutrición sana y un excelente estimulante de energía. Los alimentos ligeros y sanos que añaden al arroz, son los huevos, el pescado, las legumbres frescas, y sobre todo la lechuga.

En su alimentación, para nada intervienen las patatas y el pan.

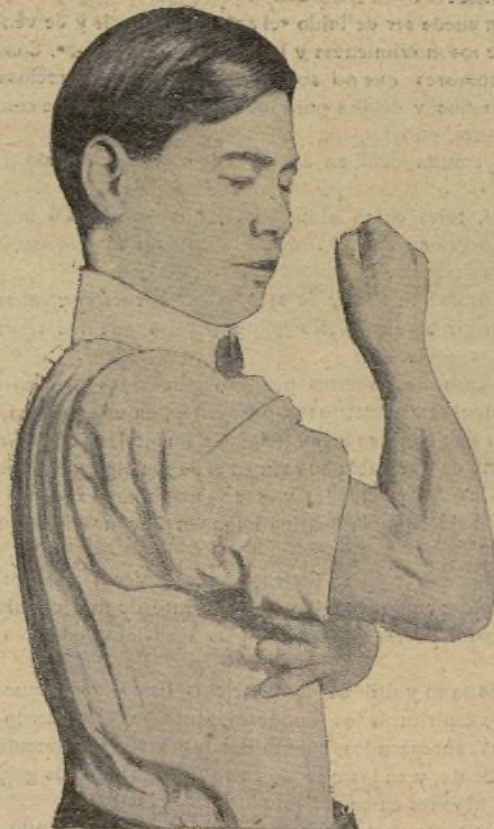
Acostumbran a comer muy poco, y en cuanto a bebida, el agua sola, que limpia el estómago de materias nocivas. También usan mucho el té, tónico maravilloso.

Este régimen prepara admirablemente el cuerpo para la agilidad que es precisa en los ejercicios de *jiu-jitsu*. La práctica diaria de los baños fríos fortifican aún el organismo.

El arte de saber respirar, comunica también mayor elasticidad a los músculos.

Todo el mundo cree saber respirar y puede asegurarse que pocas personas lo hacen como es preciso para que se dilaten los pulmones a voluntad.

Durante un cuarto de hora cada mañana, los japoneses fervientes del *jiu-jitsu*, respiran siguiendo un método racional, a fin de oxigenar bien el pecho, dilatando el vientre para asegurar la elasticidad de los músculos necesarios a esta primera



Brazo de un discípulo de 'jiu-jitsu'.

no es menos imprudente dejar de creerlo. Las sociedades europeas subsisten bajo la influencia de un refinamiento excesivo en las vidas intelectual y material, refinamiento que las conduce de la mano al horror de la neurastenia.

Contra estos males de la humanidad de Occidente, surge el intensivo desenvolvimiento de la vida deportiva, llamada a precaver, con toda perspicacia, el que no sean precisas más tarde las fórmulas casi siempre incompletas y pobres del boticario y el doctor.

Las enfermedades de los nervios recaman a veces tratamientos largos y costosos. Mediante el *jiu-jitsu* pueden hallarse los mejores remedios para la neurastenia.

A consecuencia de las terribles guerras que últimamente asolaron la Mandchuria, el *jiu-jitsu* tuvo su importación en Europa.

Apareció, primero, en Inglaterra y América, más como un deporte curioso que como algo de lo que pudiera obtenerse utilidad práctica alguna.

En Francia, manifestó el *jiu-jitsu* por el interesantísimo *match* Dubois-Re-Nié, que tuvo lugar en Octubre de 1905 y que entusiasmó a la afición atlética.

Después de esta fecha memorable, el nuevo deporte de nombre exótico se impuso en París.

¿Cómo explicar la extraordinaria boga del *jiu-jitsu* en Francia? Hagamos justicia a los franceses.

No obstante su procedencia extranjera, vióse en el nuevo método de lucha un mérito extraordinario y cuyas condiciones convenían a los caracteres de la raza.

No es sólo el *jiu-jitsu* un excelente medio de defensa, sino que permite al más débil y al más calmoso luchar ventajosamente contra el más fuerte e impulsivo.

Asimismo es un deporte higiénico, práctico, de poco coste y también elegante, pues muchas de sus actitudes son realmente académicas.

La prefectura de policía, reconociendo las ventajas que podían tener los agentes conocedores del *jiu-jitsu*, ordenó su instrucción en una escuela especial.

La innovación no pudo tener mejores resultados, tanto por los muchos buenos servicios que se llevaron a cabo, cuanto porque constituyó método excelentísimo con que cada policía, particularmente, pudo defender la integridad de su persona amenazada por la fuerza bruta de los malhechores.

El *jiu-jitsu* no es como el boxeo, un arte especial que sólo pueden practicar los iniciados y que es ejercido no más que por contadísimos número de *amateurs*.

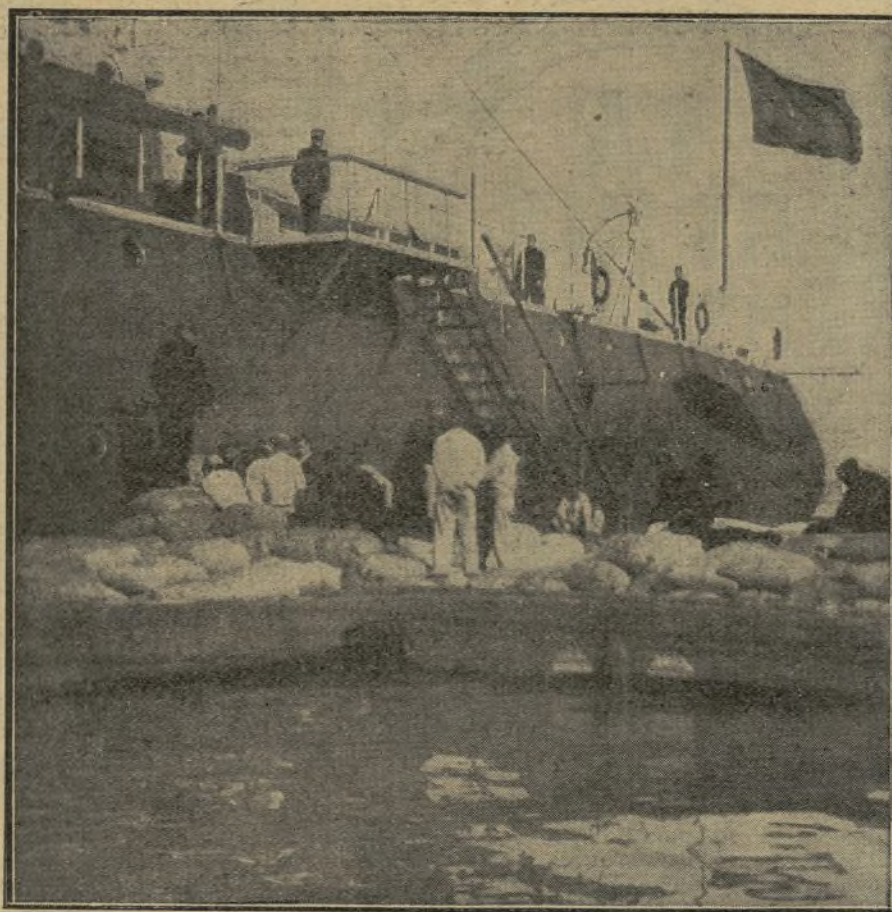
Como la gimnasia, mejor que la equitación y la esgrima, el *jiu-jitsu* debiera formar parte de la higiene de toda persona cuidadosa de su salud y de su defensa personal. Encierra, en sí, todos los principios de educación física y puede ser practicado por todos, incluso por la gente más modesta, puesto que no precisa la compra de ningún aparato.



# PARA LOS DAMNIFICADOS EN LOS TERREMOTOS DE ITALIA



**SEVILLA.**—LOS ARTISTAS DEL TEATRO DEL DUQUE VENDIENDO POR LAS CALLES LAS LOCALIDADES PARA LA FUNCIÓN CELEBRADA EN DICHO TEATRO Á BENEFICIO DE LOS DAMNIFICADOS EN LOS TERREMOTOS DE ITALIA  
(Fot. Ismael Pérez Giralde)



**BARCELONA.**—EL «PRINCESA DE ASTURIAS» EMBARCANDO PROVISIONES CON DESTINO Á MESSINA.—DESPUÉS DE ZARPAR FUÉ SORPRENDIDO ESTE BUQUE DE GUERRA POR UN FORMIDABLE TEMPORAL Y TUVO QUE FONDEAR EN ROSAS DE ARRIBADA FORZOSA  
(Fot. Moragas.)

**NOVELA CORTA DE LA SEMANA.**—En las planas primera, segunda y tercera del número próximo:

## EL AMOR Y EL MAR

preciosa narración de Rafael López de Haro.

**JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO.**—En la doble plana central, todo color, del número próximo:

## SAN ANTONIO Y SAN PABLO

maravilloso cuadro de Diego Velázquez de Silva.

6

LIBRERÍA DE LA SEMANA ILUSTRADA

Veinte minutos de *jiu-jitsu* todas las mañanas hará fuertes á los débiles, poniéndolos en condiciones de defenderse contra todo ataque.

El *jiu-jitsu* puede ser considerado como la lucha nacional japonesa y tan antigua en las costumbres niponas como el arroz y los baños fríos.

Como la equitación en los pieles rojas y la vida contemplativa en los fakires de la India, es el *jiu-jitsu* una de las características de la raza amarilla, como la trenza de pelo en los habitantes del Celeste Imperio.

Hace más de dos mil años que el *jiu-jitsu* se practica en el Japón y desde el siglo XV podríamos seguir su desarrollo, transformaciones y perfeccionamientos, escribiendo así su historia, según los profesores, las escuelas, las regiones y los métodos.

Al principio, el *jiu-jitsu* fué patrimonio exclusivo de los guerreros japoneses, de la clase belicosa y feudal, por mucho tiempo dueños del país y que constituían una casta casi legendaria. Por mucho tiempo guardaron los secretos de su arte especial de ataque y defensa y los guardaron celosamente para conservar así su preponderancia.

Los retratos que representan antepasados de los japoneses actuales, aparecen siempre vestidos como los guerreros de nuestra Edad Media, cubiertos de armaduras que les resguardan como una coraza, adoptando posiciones de luchadores ó de atletas. De aquí viene el culto casi religioso que los japoneses han guardado á este deporte, legado de generación en generación, y rendido á los héroes primitivos de su historia nacional.

Cuando un espíritu más democrático fundió en una sola las diferentes clases que separaban al pueblo japonés, el arte de defensa privativo de una casta privilegiada se extendió por el pueblo. Pensando todos en llegar á tener la agilidad y robustez que tantos días de gloria diera á los aristócratas, buscando siempre el medio de vencer á sus adversarios, tomaron con gran empeño lo de hacerse fieles adeptos de la escuela del *jiu-jitsu*.

Hoy, como ayer, el *jiu-jitsu* puede ser definido «el arte de combatir y de vencer la fuerza bruta por lo veloz de los movimientos y la habilidad muscular». Constituye la salvaguardia de los hombres que no son hercúleos, el arma preciosa y siempre á la mano de los pequeños y débiles para luchar victoriosamente contra los que van provistos de bastones, puñales, etc.

Aprendiéndolo bien nadie resulta débil en exceso ó demasiado pequeño para dedicarse al *jiu-jitsu*. Algunos deportes similares, tales como la lucha y el boxeo francés ó inglés, exigen un gran desarrollo de fuerza muscular. Todo es inútil para el *jiu-jitsu*, que más bien que un esfuerzo es una ciencia.

Es preciso, ante todo, adiestrarse en el arte de escamotear el cuerpo y saber lo suficiente de anatomía para dirigir al adversario golpes hábiles que los dejen al punto fuera de combate.

Es el Japón patria de una raza de hombres pequeños, delgados, de aspecto raquítico, pero hábiles, trabajadores é industrioses, poseyendo, en una palabra, la más apropiada naturaleza para que triunfen los principios elementales del *jiu-jitsu*. Así no es raro que el deporte de que hablamos sea en el Japón algo nacional.

Se le enseña y practica en las Universidades y escuelas, alternando con el estudio de las ciencias y letras. El ejército y la marina imponen la educación de sus reclutas en el *jiu-jitsu*.

En los colegios particulares donde reciben instrucción los jóvenes nipones de familia rica, considérase el *jiu-jitsu* como el lógico complemento de una exquisita cultura, de igual suerte que otros deportes de adorno en las Academias americanas, inglesas y francesas.

No es sólo el *jiu-jitsu* el más sano y útil de los ejercicios físicos, sino que ha contribuido á levantar el patrio espíritu de los japoneses, tanto por el recuerdo de las caballerescas glorias de sus antepasados, cuanto por las victorias obtenidas hoy sobre los pueblos de Occidente, y en las que no fueron ajenas, sabios golpes de *jiu-jitsu*, empleados por los nipones en su reciente lucha con los rusos.

El *jiu-jitsu*, bien aprendido, tiene resortes para producir instantáneamente, en un momento dado, la fractura de un miembro y aun la muerte del adversario.

Alguien, muy espiritualmente, ha definido el *jiu-jitsu* diciendo que es «un método japonés que permite quebrantar al adversario sin que lo impecable de nuestro vestido sufra deterioro alguno».

La sobriedad de los japoneses concuerda perfectamente con el *jiu-jitsu* que la



El profesor Re-Nié

LOS SECRETOS DEL «JIU-JITSU»

7





y no hay que decir de detenidos y procesados.

Tal vez patrullarían la capital las tropas.

Pero las desgracias nacionales nos han dado una resignación capaz de resistir a La Cierva, y la sangre mora que de abolengo histórico corre por nuestras venas ha hecho renacer en nuestro corazón el escepticismo y la indiferencia fatalista de los hijos del Profeta, tornándonos refractarios a toda rebeldía contra lo que ya hemos dado en llamar, como ellos, *caprichos del Destino*, cuando en realidad sólo son caprichos del desatino.

La noticia de que todos los ciudadanos madrileños vamos a tener que pagar directa e individualmente el agua que consumamos, no ha producido, al menos ostensiblemente, el revuelo, ni siquiera la indigna-



ción pública que eran de esperar.

En otros tiempos recorrerían a estas horas las calles céntricas imponentes manifestaciones de vecinos al grito de ¡Viva el caño libre! (ojo, señores cajistas), y hubiese habido ya infinidad de colisiones con la fuerza armada y acaso gran número de muertos y heridos,

De los cuatro elementos que la madre Naturaleza nos legó amorosa y pródiga para que viviéramos, nos ha ido despojando paulatinamente la civilización. Primero, de la tierra, inventando el derecho de propiedad que todo lo acota y lo amojona y lo defiende con guardas implacables, dejando al proletario la carretera polvorienta y

árida para hacer por ella el calvario de la vida; después, el fuego, dejando despoblar los montes por los caciques rurales y favoreciendo con leyes onerosas para el país el *trust* de los explotadores de minas; luego, el *aire*, favoreciendo la ambición usuraria de los caseros que fabrican para las clases humildes cuartos reducidos y sin ventanas; ahora, el *agua*, con un proyecto municipal que la pone un precio sólo asequible para las clases adineradas.

La herencia de nuestra madre Naturaleza, suficiente a asegurar la vida de todos sus hijos, ha sido absorbida poco a poco por la rapacidad de media docena de hermanos, que son precisamente los que más pregonan la igualitaria doctrina de Cristo y se las echan de filántropos.

Antes, el hombre luchaba con los elementos para que no le abrumasen; ahora, por el contrario, tiene que luchar para «llegar a su vida» una misérrima parte de estos cuatro elementos de la formación del mundo.

Hasta el agua que se despeña, inagotable por cataratas y torrenteras va a tener un precio exorbitante para los madrileños.

Dentro de nada se pedirá un *quince de agua*, como antes se pedía un *quince de vino*.

La hipótesis de exclamar: *¡ni agua!*, para pintar un espantoso caso de miseria se va a convertir en frase de recto sentido.

Ya sólo falta que se considere a los aguadores como defraudadores de la Hacienda y se les decomisen las cubas como contrabando.

¡Adiós aseo personal de esta población que nunca se distinguió por su excesivo culto a la *política hidráulica* casera, debido, indudablemente, a la escasez de agua en los depósitos y al gran número de casas que carecen de cañerías y de fuentes en los pisos.

No ya el baño general, las simples abluciones parciales serán un artículo de lujo.

Ya estoy viendo nacer una nueva industria; la venta de agua semilimpia para el aseo, como se hace la venta de muebles seminuevos.

El regalo de un cántaro de agua cristalina será para la pucela del barrio bajo un *orsequo* capaz de poner en grave peligro su virginidad y su inocencia.

Los mendigos cambiarán la vieja tonadilla de «una limonista para un paecillo», por la novísima de «un céntimo para juntar para una palangana de agua».



El Ayuntamiento desmontará las poquísimas fuentes públicas que quedan desperdigadas por la población, aunque en su mayoría están exhaustas o descompuestas, para aumentar de

que se registren por sed en el verano.

Ya no podrá decirse de un hombre perdido que está *con el agua al cuello*.

Como tampoco podrá castigarse a pan y agua a los chiquillos revoltosos, sino a pan sólo.

Los días de lluvia serán señalados como días de *mandá* en los fastos del vecindario madrileño, y en vez de paraguas para librarse de ella, se sacarán los cubos a las calles para recogerlas o se pondrán aquellos del revés con el mismo objeto.

Ya las rogativas no sólo se harán en los campos, sino en las ciudades, porque el ejemplo del Municipio de Madrid lo imitarán todos los Ayuntamientos españoles con la celeridad que se imitan todos los malos ejemplos.

¡Oh madre agua! patrona de la limpieza, símbolo de la verdad por lo corriente y cristalina; ¡quién había de pensar que te convirtieras en madrastra!

Están de pésame los taberneros y los boticarios.

De los primeros ya se sabe que son incapaces de una rebeldía; veremos si también se tragan la píldora los segundos.

Hasta ahora eran las nubes las que nos mandaban el agua; ahora somos nosotros los que ponemos el agua en las nubes.

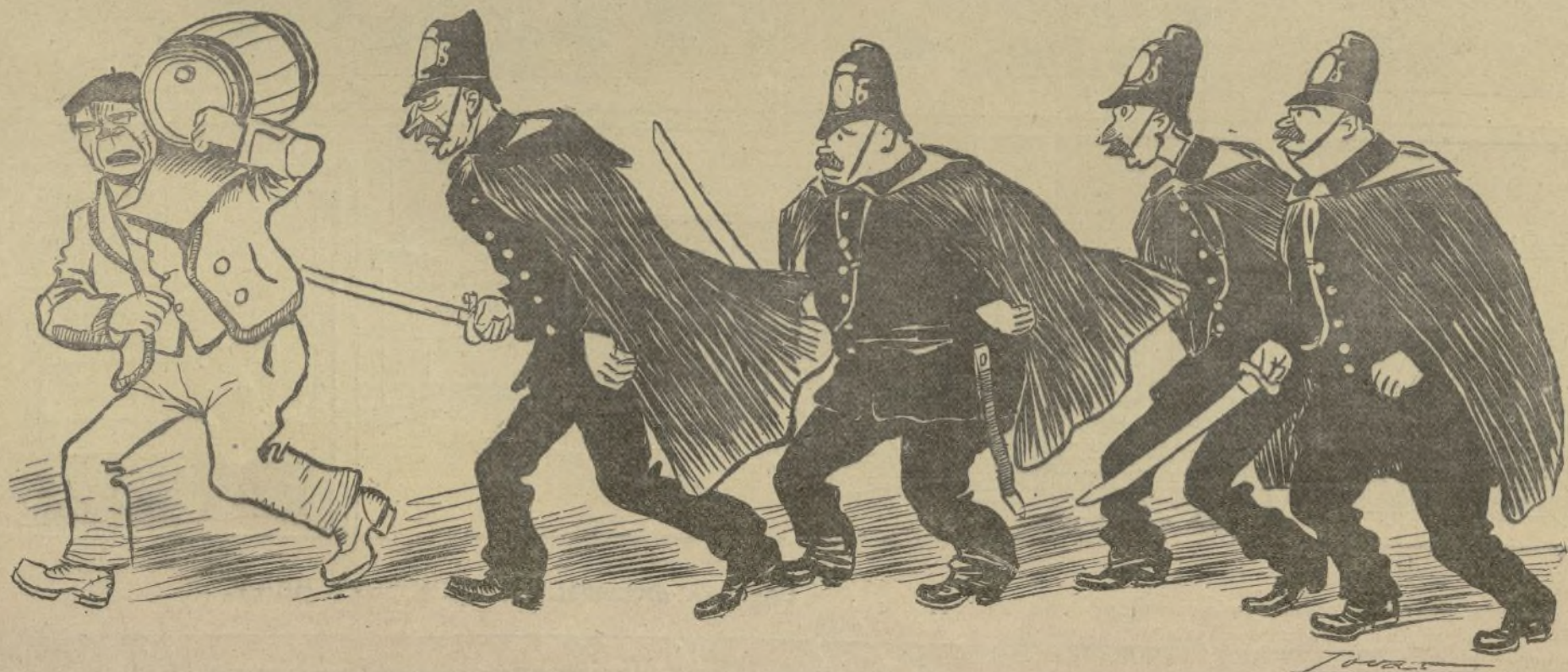
EL SASTRE DEL CAMPILLO.

(Dibujos de TOVAR.)

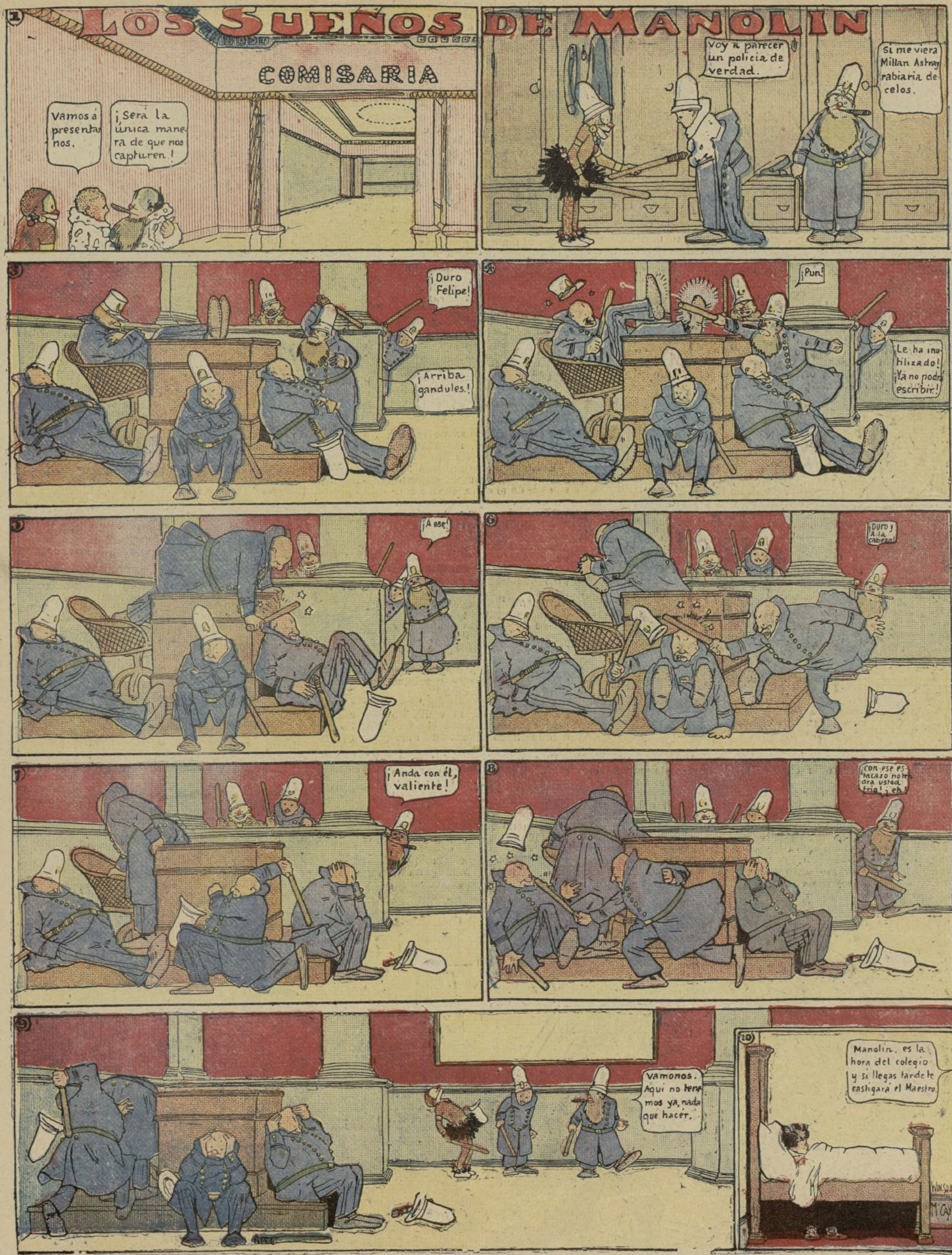


este modo los ingresos municipales.

A las defunciones que se registran por inanición en el invierno, habrá que añadir las







Original propiedad de NEW YORK HERALD.

Impreso en máquina rotativa especial para colores. — Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL, Meson de Romanos, núm. 31, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid